

TIEMPO DE SAETAS

Por JULIO CIENFUEGOS LINARES

Si, es éste el tiempo de las saetas, el perfumado tiempo en que las brisas demasiado cargadas de dulces pesadumbres primaverales quieren sentirse trepanadas por el dardo diamantino de la pena. Es todo tan goloso, tan sensorial, tan vibrátil, que está el aire requiriendo una lanza sonora a la que ceñirse, un grito distendido al que darle forma, una buída canción que jerarquice los paganos rumores de la abeja y del polen.

Porque otras veces el aire confinado y sacro de las viejas catedrales quiere poblarse con otras resonancias, resonancias de órgano y de polifonías, prestigiosas resonancias de la liturgia. Pero ahora ese aire quieto de los templos se ha tendido sobre las losas como un perro herido. Enmudecieron las lenguas de incienso delante de los altares amaratados. Y el aire quiere dormir vuelto de espaldas a los vitrales por donde el sol inconsciente canta a la primavera.

Este aire se ha estremecido otros días con las profundas y solemnes armonías del órgano. Esa armonía colosal en la que a veces surge una sostenida voz angélica hecha de plata que tiembla un momento en las naves para después arrodillarse ante el altar cuajado de luz y de oro. Porque el órgano parece ser como un gran mediador que orara ante Dios por nosotros. ¡Grande es que la cosa medie por el hombre ante el autor de toda criatura! Es su plegaria como aquella plegaria intercesora de la Virgen o del Bautista, aquella plegaria a la que los griegos nombraban *Deísís*.

Al conjuero de tan alta música nos parece que las columnas salónicas animan su espiral ascendente, y la crucería se abre sobre nuestras cabezas, distendidos los pilares, abierta la bóveda hacia un cielo litúrgico donde cantan floridas voces de glorias en el augusto lenguaje del órgano.

Otras veces nos aturde de pronto un estremecido vértigo y quedamos suspendidos entre las losas y el cielo, entreviendo un supremo momento, en tanto que creemos adivinar la silueta aquilina del Dante detrás de cualquier columna.

Y llega entonces siempre hasta nosotros, milagro de divina piedad, la solemnidad del miserere, descendiendo desde lo alto sobre nuestras cabezas, lentamente.

Hay en el órgano cielos entrevistos y tormentosas cóleras. Temor tremendo y gozo alado. Antiguo y Nuevo Testamento. Pompa solemne de liturgia y ceniza de infinita renunciación. Palpitan innumerables voces hechas luz y gloria, sobre las que ascienden a veces los sonos de plata de los justos. Y entre las que se deja oír el lamento arrepentido, como eterno motivo inquietante entre la explosión gozosa de la paz. Hay en el órgano ceño y misericordia infinita del Dios del Sinaí, y tinieblas de la muerte de Jesús, y luminosidad gozosa de su

Ascensión. Dolor y triunfo sin término, que vuelan tremantes, envueltos en tronos de notas, siempre sonoras y repetidas siempre por mil voces que se ocultan entre el bosque de columnas. Sonoridad múltiple de notas sobrehumanas.

Es la voz que nos seca las estériles, las escaldadas pupilas, inmóviles ante el misterio. O que regala a nuestros ojos la gracia de las aguas humildosas de todas las generosidades.

Y hay en nuestra España, en estos días, cuando el aire de los templos se apaga, ciego de cirios, y cuando el aire de las plazas y de las calles, borracho de primavera, parece cantar romancillos infantiles y jugar al corro con las acacias, arreatadas de fecundidad, hay en nuestra España, en una esquina, en un balcón, una nota aguda, tan aguda, tan aguda, que es una flecha. Una flecha que asciende rasgando el raso de la noche hasta el cielo de las penas y de los perdones.

No tiene el fondo impresionante de una catedral gótica. La saeta se escapa entre la fantasía arabesca de los hachones que constelan la noche repitiendo el brillo de las estrellas. La saeta no se aroma con la solemnidad del incienso, sino con la gracia femenina y suavidad de los azahares en flor. La saeta no es un mea culpa entonado ante el trono del Dios Juez, sino la liberación de una pena que se escapa derechamente, temblorosa y cimbreaña, hasta los pies del Dios Mártir o de la Virgen Dolorosa.

Es tan humanamente sencilla, tan pura y tan ágil la saeta, como aquellas golondrinas leyenderas que quitaron de la divina frente las espinas del dolor. Y es así también un chiar agudo de golondrinas, y es así también la mimosa piedad de aliviar un dolor, y es un vuelo raudo de seda y de luz engarzado en la serenidad incomparable del cielo.

Es prorrumpir de un sentimiento invencible que brota del pecho para estrellar su pecho de alondra en la curva del cielo. Es pena y es dolor: Una sola lágrima irisada en un solo reflejo vívido. Y es también deliquio amoroso ante el Hijo de Dios y piropo encendido ante las Vírgenes con caras de españolas.

La procesión viene moviendo con lentitud sus dos largas filas de penitentes en un ondular fastuoso de luces. El aire tibiamente aromatizado por la primavera, este aire suave sediento de belleza y de misterio, se hace gloria en los tambores y en las cornetas. Hasta las estrellas va subiendo el rezo, sobre el fondo marcial. Tachonados de velas los pasos procesionales sobre las andas, desfilan en una representación de tragedia y vida, de dolor y muerte, de oración y de amor. Y vienen navegando sobre las cabezas, caminantes en un acompasado son recio, breve, fatigoso, convirtiendo en calles de Amarguras todas las calles y en Calvarios todas las plazas. Las cruces y las siluetas de los penitentes se recortan en el terciopelo de la noche. Un esplendor de flores arde bajo los pies de Dios, que lleva en sus hombros la Cruz.

Y de pronto, recogiendo de todas las entrañas estremecidas del doliente, brota la plegaria melodiosa, fina y breve, ascendiendo co-

mo un contrapunto sutilísimo en la marcha lenta y sorda de los tambores y volando hasta Dios sabe qué remoto pentágrama del único y universal himno a El.

Va rompiendo el aire tan limpiamente, que deja tras de sí una estela luminosa. Y luego se quiebra en un quejido, en un sollozo o en un deliquio familiar, íntimo, con que el hombre se acerca a su Dios. Y acercándose parece que lo ha descendido desde su cielo hasta esta nuestra vecindad mínima de hombres, que vemos pasar al insólito transeunte por nuestras calles más que nunca empuñadas. Las divinas escaleras de Machado, las que el pueblo andaluz pide cada primavera, están ofreciéndose a estos solitarios cantadores para subir hasta la Cruz donde agoniza el Dios del amor, y regalarle con los amores de toda la Humanidad eternamente olvidadiza y desagrada.

Hay otra saeta española, vindicativa y heroica, en la pedrada del niño al sayón. Gabriel y Galán ha narrado en las quintillas sencillas y robustas de su claro hablar, la sublime saeta del muchacho vengador. Esta saeta no fué cantada por ninguna garganta, porque es la saeta muda y bronca de un ser elemental. Es de tal fuerza vigorosa el dolor de la injusticia en un pecho ingenuo, que prorrumpe violentamente, con pasión arrebatada de conmiseración y de condolencia ante el Dios brutalmente azotado, y el niño, afianzándose en su propia seguridad, derriba de una pedrada la cabeza de cartón de «aquel negro monstruo fiero» que empuñaba el látigo sobre Jesús.

Pero esta saeta, si también diamantina, si también generosa, no es sino el desbordamiento de una acción contenida. Y la saeta es siempre, por el contrario, una pena fatal, mansa, escapada de pronto hacia lo alto con un dejo galano de homenaje. En cualquier esquina, de un balcón cualquiera, surge la vibración valiente y punzante de la saeta que está hecha de plata y de azahar y tiene alas veloces de golondrina.

Otros días se envuelve la liturgia en los sonos dorados del órgano, en las más grandiosas composiciones de la música religiosa. Pero ahora, cuando el dolor divino se desborda de los altares, inundando de piedad las calles, cuando hasta las campanas han cesado de mover sus graves lenguas y aguardan mudas en las torres el milagro del *Resurrexit*, el pecho del cantador popular es el clave de donde sale hasta el Señor el son caliente y único de la saeta, lanzada desde el arco conmovido del pecho hasta el azul del cielo perfumado de primavera y de pasión.

PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

TRES FACETAS LIRICAS

A FERNANDO TUDELA EL RAYO DE LUNA

porque perdió un brazo en la guerra.

Qué pena de tu brazo.

Sim embargo, está.
Las amapolas grises de las nubes
lo tienen vestido de niebla.

Está y vive.

Pudiera ser una paloma
o solamente un ala de ella.
Verdaderamente no es nada,
sino lo mejor:
el haber sido.

Ya no tengo pena.

Si fuera buen dibujante
lo pintaría tan efímero
que no se vería
sino por el ansia de verlo.

M. GUTIERREZ DE LA FUENTE

Besaba la luna mi frente
al bordar el azul su mirada.

Eran blancos sus ojos hundidos,
era blanca su cara...

¡Qué dulce el mirar de la luna
toda de ámbar!

Se entró en mi aposento
perfumando la estancia...

Nos besamos toda la noche;
se fué con el alba.

¡Qué dulce es jugar con la luna
si borda el azul su mirada!

Ventura LEONARDO

FLOR Y ABEJA

¿Quién había de decirme
que la flor de mis labios primorosa,
de aroma delicado,
de matiz tan fino, sonrosado,
tornarse había en llorosa
tan alegre y feliz cual sonreía?

Mas si, picara abeja
de unos labios formada
paróse en su corola cierto día,
y de la miel dorada que traía
dejóme una dedada.

Ella, en cambio, le dió néctar sabroso,
y a diario visitas
la abeja le hizo con sus dulces mieles.

Un día no volvió, mi flor hermosa
buscála con delirio, ¡oh qué hieles!
y posada la halló sobre otra rosa.

Estábala libando.
Desde entonces, mi flor marchita llora.
al ver cómo la aurora
de su ilusión pasó fugaz, volando.

Edmundo COSTILLO Y MARIN